



MARÍA O'DONELL
Born, una historia argentina

Página 3



CONTRATAPA
La insomnia, un relato de Luis Soto

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TELAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 185 | JUEVES 18 DE JUNIO DE 2015



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.abira.com.ar
Volver al pasado

En un registro distendido pero sin renunciar al rigor científico, el creativo publicitario y ensayista Jean-Gabriel Causse reflexiona en su libro *El asombroso poder de los colores* sobre los artilugios de la percepción, a la luz de estudios científicos sobre la influencia psíquica y fisiológica de los colores que incluyen las experiencias de artistas como Monet y Matisse, así como del creador de Facebook, Mark Zuckerberg. "A

riesgo de decepcionarlo—advertie Causse—debo decirle que el color no existe! O más exactamente, existe sólo porque lo miramos. Por lo tanto, es una pura producción del hombre", escribe en referencia a las teorías de Michel Pastoreau, y atribuye la percepción de un pigmento determinado a variables como la materia del objeto, la reacción del observador y la temperatura de color, así como la intensidad luminosa.



▼ VICENTE BATTISTA

A mediados del mil cuatrocientos los habitantes de Maguncia, una ciudad alemana al borde del río Rin, disfrutaron el privilegio de conocer la "Biblia de Gutenberg" o "Biblia de 42 líneas", el primer libro impreso de la historia. Los dos modos de nombrarlo eran adecuados: cada página de aquella primera edición contenía 42 líneas del texto realizado mediante el uso de tipos móviles que poco tiempo antes creara el orfebre alemán Johannes Gutenberg. La edición comenzó a prepararse en 1450, pero los primeros ejemplares estuvieron listos cuatro años después. A partir de ese momento el libro impreso sobre papel se pondría en marcha y a largo de algo más de cinco siglos sería el único soporte, la única contención, para todos los manuscritos concebidos en este mundo.

Entonces el copyright no se conocía, aunque ya comenzaba a insinuarse: en la portada de la primera edición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, un tal Juan Gallo de Andrade, escribano de la Cámara del Rey, establece que el libro "se ha de vender en papel en docientos y noventa maravellos y medio". En 1605, por ese precio podían comprarse tres kilos de carnero, dos pollos y una docena de huevos. Nunca quedó del todo claro qué parte de ese beneficio le correspondió a Cervantes, se supone que habrá sido muy poco: *El Quijote* tuvo un inmediato éxito de ventas, pero Cervantes murió en la miseria. Hubo que esperar otros cien años para que los autores por fin fueren recompensados económicamente: el 10 de octubre de 1710 en Inglaterra se promulgó el Estatuto de la Reina Ana, que nombró al autor como propietario de su obra, por lo cual percibía todos los derechos que de ella derivaban: el copyright era una realidad.

En julio de 1971, Michael Hart, un joven estudiante de la Universidad de Illinois (USA),



ESPRESSO BOOK MACHINE. LA MÁQUINA DE PRODUCIR LIBROS QUE EMULA A LOS COPISTAS DE LA ÉPOCA MEDIA.

Volver al pasado

puso en marcha lo que de inmediato se denominaría "libro electrónico". Así lo explicó: "Consideramos el texto electrónico como un nuevo medio de comunicación, sin verdadera relación con el papel. La única semejanza que que distribuimos las mismas obras, pero en cuanto la gente se haya acostumbrado, no veo cómo el papel aún podría competir con el texto electrónico, sobre todo en las escuelas". Esa advertencia tardaría dos décadas en materializarse: en 1990 la Web impulsó el desarrollo de Internet y tres años más tarde la *On Line Book Page* pondrían en marcha los e-books gratuitos. En 1995, Amazon se convertiría en la primera librería on line y poco después algunos editores comenzaron a publicar en línea. En 2007, Amazon y Google se apresuraron a anunciar el final definitivo del libro tradicional: adios papel, bienvenida pantalla. Fue necesario replantear los clásicos

contratos de edición: si la profecía de Hart se cumplía y los libros en papel desaparecían definitivamente, ¿quién iba a ser el modo de inventar los e-books vendidos? ¿de qué modo se liquidarían los derechos de autor? Se establecieron nuevas formas contractuales, pero la sangre no llegó al río, entre otras cosas, porque los vaticinos fatidicos no se cumplieron: actualmente en Francia la venta de e-books no supera el 3%, un guarismo similar registran España y Alemania. En Estados Unidos de América había llegado al 25%, pero que desde hace tres años se mantiene en esa cifra, con un valor agregado: los jóvenes que nacieron y se criaron bajo la realidad del e-book prefieren leer libros en papel. Veinte años después de haber anunciado el fin del libro tradicional: adios papel, bienvenida pantalla. Fue necesario replantear los clásicos

Schavelzon en una nota que el pasado 23 de marzo publicó en su blog. Se titula "La Espresso Book Machine... no es una cafetera" e informa sobre una máquina capaz de fabricar libros al instante. Basta con que le pidamos aquel título que buscamos vanamente en las librerías de viejo para que la "Espresso Book Machine" nos lo sirva siete minutos más tarde. En nuestras manos tendremos un volumen perfectamente encuadernado, con tapa a dos colores, aunque sin las clásicas solapas, que no cunda el desaliento: la tecnología avanza rápidamente, tal vez antes de que usted acabe de leer esta nota, la "Espresso Book Machine" ya brinde libros con solapa.

Reencuentrase con antiguas ediciones perdidas y agotadas es *Amazon*, pero hay que tener en cuenta que la máquina además opera con títulos actuales, por lo cual, como bien señala Schavelzon: "El trabajo del editor segui-

ría siendo, como siempre, bastante similar: saber elegir y garantizar calidad, única forma de construir valor en un sello editorial. Pero será muy diferente para la empresa editorial. Se editará pero no se publicará como hasta ahora. Solo se imprimirán unos pocos ejemplares para el autor, alguno más para los críticos que prefieran seguir leyendo en papel, y cambiará totalmente el negocio editorial." La pregunta surge de inmediato: ¿ante la imposibilidad de conocer el número de libros vendidos, de qué manera los autores cobrarán sus derechos?

Un pequeñísimo porcentaje del millón de visitantes que año a año recorren la Feria del Libro de Buenos Aires llega con el propósito de comprar un título determinado. Se dice, con razón, que el libro es un negocio de oferta, no de demanda, de ahí, apunta Schavelzon que "Los diseñadores se desesperan por hacer portadas atractivas, los editores por hacer mejores textos de contrapata, las editoriales imprimen y distribuyen varios miles de ejemplares de cada título, todo para que algunos de esos lectores indecisos decidan comprarlo". Con esta nueva máquina-editor, nada de eso será necesario. ¿Habrá que imaginar un futuro en el que ya no existan aquellas librerías con grandes mesas exhibiendo volúmenes de distintos tamaños y colores? Todo se reducirá a la demanda: me interesa tal novela, voy a la "Espresso Book Machine" más cercana, la compro y espero a que la imprima mientras tomo un café.

Aunque parezca una paradoja, esta festividad tecnológica nos estaría llevando otra vez a la Edad Media, cuando aún no se había inventado la imprenta de tipos móviles y los libros se compraban de a uno, por pedido. Entonces eran los copistas quienes se ocupaban de editarlos, lograban verdaderas obras de arte que demandaban un par de años de trabajo. La "Espresso Book Machine" oficialmente logra una obra de arte, pero demorará siete minutos en producirlo. Los autores de la Edad Media no cobraban derechos, todo indicaba que los contemporáneos editados por esta máquina ultra rápida, tampoco.

La novela *Las muertes* del mexicano Jorge Ibargüengoitia (1928-1983) es una descarnada trama basada en hechos reales aunque con personajes ficticios sobre la historia de dos hermanas prometidas, una red de trata y una serie de crímenes narrados al ritmo de testimonios, una reedición fundamental de la literatura latinoamericana del siglo XX a casi cuatro décadas de su aparición. En 1964 se conoció la

red de trata gestionada por las hermanas bautizadas como "Las Poquiánchis", propietarias de unos cuantos burdeles y acusadas de múltiples asesinatos. Ibargüengoitia reconstruyó el episodio de forma magistral e irónica a partir de pesquisas legales (juicios y entrevistas a los implicados) y lo transformó en una narración que ensambla muchas voces, dominadas por acusaciones, defensas y omisiones.



Born, una historia argentina



LA INTIMIDAD DE UN SECUESTRO. EL LIBRO DE MARÍA O'DONNELL HACE FOCO EN UNA PARTE DE LA HISTORIA ARGENTINA QUE A MENUDO HA SIDO ESCAMOTEADA POR DISTINTOS MOTIVOS.



OSVALDO QUIROGA

No es sólo un libro sobre el secuestro de Juan y Jorge Born, perpetrado por los Montoneros a mediados de la década del 70, el que ha escrito María O'Donnell. Tampoco *Born* es un texto centrado únicamente en la trayectoria del dinero de los sesenta millones de dólares que pagaron por el rescate de los hermanos Born. Lo que ha logrado la autora es narrar una parte de la historia argentina que a menudo ha sido escamoteada por distintos motivos. Quiénes no han leído el texto, o lo han leído por encima, tildan a la autora de defender la teoría de los dos demonios. No es cierto. No hay una línea que avale semejante acusación. Con rigurosidad de investigadora, O'Donnell cuenta con flejo de detalles cómo fue el secuestro, desde una pista por nueve meses los Born en cautiverio, aunque Juan fue liberado antes por problemas psíquicos, y qué pasó con el dinero que recibieron los captores. Al narrar esa historia lo que percibe el lector son ciertas variables de un país

marcado por la violencia. Los militares del golpe del 55 bombardearon la Plaza de Mayo al mediodía, asesinando civiles y desatando una brutal represión, como lo atestigua de manera admirable *Operación masacre*, el libro de Rodolfo Walsh que se ocupa de los fusilamientos en los basurales de José León Suárez. No les bastó con fusilar al General Valle, también destruyeron los sindicatos y mataron y encarcelaron a todo aquel que consideraron opositor. A partir de esos días, y hasta 1973, la democracia brilló por su ausencia. Con el peronismo proscrito nadie puede hablar de democracia con seriedad.

Montoneros contó en un primer momento con el guiño de Perón. Pero el líder que regresó a la Argentina para formar su último gobierno fue el que echó a Montoneros de la plaza y entró en el López Rega en el poder. Las tres Á liberaban zonas para secuestrar y asesinar sin dificultad. Entre ellos los hermanos, el padre Mujica, sacerdote campesino, y Silvio Froadzi, hermano de Arturo que siempre sostuvo una posición de izquierda.

Después del golpe del 77, Montoneros va cerrándose políticamente y apuesta todo a las armas. La organización se militariza al máximo. Ya había secuestrado y matado a Aramburo. Pero cuando va contra los hermanos Born la organización está ahogada financieramente y necesita dinero para sostenerse. En ese marco se realiza el secuestro más caro de la historia. María O'Donnell entrevista a Jorge Born, revisa todas las fuentes de la época y encuentra nuevas revelaciones. Escribe un libro que se lee como una novela, pero que no es una novela. Narra la intimidad del secuestro con admirable precisión. Los Montoneros no torturaron a los hermanos Born, no tenían los métodos de los militares de la época. Pero los muchachos que se encargaron de la tarea eran bastante inexpertos para conducir las negociaciones y mucho más para recibir un dinero que necesitan en la Argentina, y en cualquier parte del mundo de una manera tan sencilla que sólo conocen los especialistas. En ese sentido Jorge Born fue el que condujo la negociación y el que los guió para que pudieran reunirse con la plata. Su padre sólo accedió a negociar cuando supo que Juan estaba ca-

da vez más enfermo. El recorrido del dinero podría ser el puntapé inicial para una película. O'Donnell muestra el detrotero de la plata que incluye al banquero Graiver y al mismísimo Fidel Castro. Pero más tarde ese dinero es también codiciado por los militares de la última dictadura, mientras la cúpula montonera busca la manera de recuperarlo. La alianza entre Jorge Born y Galimberti, juntos formaron una empresa que incluyó a un ex novio de la diva Susana Giménez, da cuenta de uno de los episodios más absurdos de la historia reciente. Pero antes, en el medio de tanto delirio y de tanta muerte, Firmenich ordenó lo que él llamó la contraofensiva montonera. Ese movimiento militar no tenía ninguna posibilidad de enfrentar a la dictadura, que ya había disanzado a casi la totalidad de las filas guerrilleras. En esa contienda desigual los que murieron no fueron los dirigentes que estaban refugiados en Europa. Luego fueron acerbillados, secuestrados, torturados y, en muchos casos, muertos después de ingerir la pastilla de cianuro que la organización les

daba para que no hablaran si caían en manos del enemigo, fueron chicos y chicas de poco más de veinte años. La cúpula montonera nunca se hizo cargo de sus desatinos. Y quizá el libro de María O'Donnell les resulte incómodo. También Paco Urondo fue enviado a una muerte anunciada en Mendoza y militantes como Juan Gelman resaltarían condenados a muerte. El libro de María O'Donnell recuerda también la historia de *Ticho*, que después de salvarles la vida a los dirigentes montoneros en México, y al cabo de perder a su familia, que había quedado de rehén en la Argentina, es castigado y obligado a regresar al país, donde encuentra la muerte ingiriendo la cápsula de cianuro al verse rodeado por los militares. Historia apasionante la que cuenta la autora, lúbrica que sea verdad. Sobre el final debe quedar claro, aunque parezca repetitivo, que se pueden cuestionar los procedimientos de las organizaciones armadas de la época, pero nunca hay que olvidar que fue el terrorismo de Estado el que inició una cadena de violencia impudible, donde la represión cayó, como siempre, sobre las espaldas de los más débiles.

Quiérase imaginar que luego de ser presidente Bartolomé Mitre fuera gasta, que Domingo Faustino Sarmiento, por cuestiones de coquetería, decidiera retratarse con una peluca o que un grupo de héroes de Malvinas defendieran la bandera a costa de ser fusilados: éstas y otras inesperadas historias son las que vuelca el historiador Daniel Balmaceda en su libro *Estrellas del pasado* (Sudamericana).

"Son anécdotas muy cortas y bastante entretenidas sobre situaciones desconocidas o no tan conocidas y hasta algunas risueñas, que tuvieron algunas figuras en un momento de la historia", explica Balmaceda. El autor de *Historia de corceles y de acero* cuenta, en el capítulo "Bartolomé Mitre, gasta del barro", en qué actividad es descubierto el ex presidente en pleno microcentro porteño.



CONTRATAPA

Luis Soto

La insomnia

Un agujero me empieza a tragar, no hay tronco o piedra a los que me pueda aferrar, agujero con vocación y paredes de ciénaga. Sensación habitual, el insomnio está a punto de convertirme, otra vez, en uno de sus rehenes. Me molesta no dormir. Creo que es una forma individual y nocturna del estado de sitio. Prefiero decir insomnio, en psicología. Pierde solemnidad y carga poética. La insomnia, además, suena a juego de Gelman. Anoche arrancó temprano. El pijamón tironeaba suave del guinche, me iba tragando con paciencia profesional, se le hacía barro la boca. Ya no intento pelear, ni grito. A lo sumo, y sin garantías, trato de colocar la lengua en la posición en que Chagall subió a sus hombrecitos, escuchados en el aire, como nadadores en el espacio, entre antenas y chimeneas. A veces ayuda anclar la lengua en la boca. Una noche de mierda más, dije. A todo me voy acostumbrando. No sé cuánto habrá estado en vela. Pado haber sido media hora interminable, o tres horas ligeras. Que no me dejen dormir es suficiente castigo, no esperen que me prenda al televisor, ni me entregue a la insignie anglopérfica de contar lamadas Romney Marsh. En silencio y a oscuras, margos del estado de sitio, procuro resistir sin lamentos. No me condenan, armo una actividad. Hijo rescatar, por ejemplo, fotos viejas, me vuelco a la franela recostada. La memoria refresca escenas entrañables y hay noches en que como los pitos curiaros, regreso lastimado. Me recordaba a los niños de Ochoa. Figurita difícil, decíamos de chicos. A Ochoa le costó superar su nombre de torero. Lo logró refugiándose en un laboratorio, allí pudo descubrir la enzima polipneúctico fosforilasa. Eso le valió el Nobel de medicina de 1959.

Aunque había nacido en Asturias, consagrado su talento eligió ser citizen yanqui. En su Lanarca natal ya padecía insomnio y franquismo. Cuando fue a vivir a Boston, si bien se alejó del garrotevil, no llegó a erradicar el flagelo que vaciaba demasiadas horas de su vida. Estaba harto de noches de angustia, "el cieloraso se descuelga y rodea mi cuello como una boa", decía. Ralph Greenson, psiquiatra de Marilyn Monroe, le recetó las pastillas que consumía la actriz. Ochoa dejó de tomarlas una semana después de la muerte de MM. Dato preciso el de Greenson, lo incorporé anoche. Siempre renuevo las historias que uso, por mí lo hago. A menudo sufro brotes ocohistos. El cieloraso de casa también es constructor, desciende tomando formas de nubes, se va apretando contra mi cuerpo, los huesos crujen. El dormitorio, como en los hoteles por horas, se llena de espejos. Verso no dormir, con el cieloraso como sábana, es patético. Me despedí de Ochoa a las 3 y 20. Ahí estaba yo, esperando resignado, ojos abiertos, mirada ciega. De pronto me dormí. Alguien demonio conectó a mi nariz una sonda que goteaba sueños. Nunca me vistió la cara de un dios. Con más de un demonio, en cambio, llegué a jugar al fútbol, a hacer huelgas, a compartir un sándwich de salame. El demonio sol es un angel rebelde. "Un zurdito", delataron. El sueño despegó, sólo tenía que abortara como la mayonesa casera, o que no quedaran rastros.

"Me cago en la realidad, lo que me espanta hoy. Préstame un metro de vida de FAYARDICH. Me da un día de como renatar el sueño sabía que iba a volver enriquecido, mucho más que de tanta noche de reposo sereno. Me escamoteaban el

sueño cuando oí la voz de Aída, mi mujer: "gritá como si te quemaran con un cigarrillo". Simulé que seguía dormido. El mundo, hecho de hombres y celulares, descansaba en paz. Si se viviera la historia de a dos, o de a seis, todo sería menos dramático. Ni los poderosos se libran. Por temor a enemigos y sus propios guardespaldas, los dictadores, Nerón, Stalin, Duvalier, nunca duermen. Para vengar las noches en vela les bastaría impedir el descanso de los millones de tipos que integran el pueblo, de todos, sin excepción. Potentes cadenas de altavoces atronando a toda hora calles, edificios y transportes con música y manifiestos. Controles o domicilio, sin fiar antes qué barrios visitarán los sabuesos. Nadie está alertado. Y se prohíbe la venta de pastillas. Cárcel y proceso al sujeto que encuentran durmiendo. Tengo pasta de dictador, o de alcahuete de dictador.

Reconstruyo el sueño, mi última versión. Tarde de otoño en Ortigia, isla de Sicilia. En una plaza aparece una mujer morena, vestido largo con tajos, matas de pelo escapando de una corona encajada en el centro de la cabeza. Se instala en un palco expuesto al sol. En un sector arbolado se perciben leves movimientos entre las ramas, puede haber algo más que frutos. La mujer se quita el corpiño negro, el sol se apodera de su piel. Los pechos parecen tulipas de alabastro de 40 centímetros de diámetro y más de 15 de alto. "Wanisha se llama. Fines que se nos", susurra una voz apagada. A mí alpledor no hay padre. Siplé un día de vino, el día de mi vida, la voz, la habré oído. Los ojos vuelan como papalotes. Los frutos son más pesados, libres de hojas se nota que nada tienen de vegetales. Me resultan formas familiares. "Son pies, pies humanos, amputados de la pierna a la altura

del tobillo", asegura la voz. Habrá unos cincuenta, se amontonan como zapatos en oferta. Cosas de los sueños, sí. Aunque en el subte vivan pisoteándose un malón de pies. Estos tienen un jefe de empresa tatuado. "Alinearré sé!", grita, la tropa obedece. Después, arastrándose sobre el césped, rodea el palco. "Que no escape", recomienda el jefe. Wanisha se pone boca abajo, de costado los pechos parecen aguavías. El jefe explica que es la heredera del reino de Goniada, en la costa occidental de África. Régimen despótico, su padre, Hiempsal II, de 91 años, es el líder, un criminal. Wanisha reacciona desde el solirium, en su país ya no se degüella a los opositores, si son subversivos les mutilan los pies, dice. El jefe contragolpea "el nuestro es testimonio vivo, somos pie guerrilleros que luchan por ser libres". Al puzze le faltan elementos. La voz del viento trae la pieza clara. "Científicos de la fundación Footpeace", dice. Lo interrumpió "¿cómo dijo?". "Footpeace", repite y sigue. "Esta gente ha descubierto un tratamiento, si se aplica hasta 6 horas después de la amputación, habilita a los pies a llevar una vida autónoma". Lo de Footpeace oía a joda paródica, pero preferí callar. El jefe cuenta que viajaron a Sicilia en balsa, aventura casi suicida. De los 62 embarcados sobrevivieron 47. Miles de hombres que huyen de Goniada mueren en la travesía, denuncia. Wanisha se levanta irritada. "Son mercenarios. Les pagaron para que me secuestren. Hiempsal II pedaleo de distancia seril, ya a aldiel encucado y huyó por eso no quieren que viaje. Voy a llamar a elecciones en 5 años", dice en tono de proclama. No dejó de mirar las tetas. Los pies patalean

con furia, guachos los siento. Tengo que serenar a Wanisha, sin control cerebral, aislados de los sentimientos, los pies son inofensivos, se me ocurre decir. La reacción es inmediata, la tropa ocupa el palco. Wanisha intenta vestir sus pechos. Dos columnas de pies trepan como hormigas por los brazos de la mujer, el resto ataca entre las piernas y asciende formando una pirámide humana hasta cubrir su cuerpo. Los dedos se retuercen como gusanos para domar a la presa. "Es tuya", invita la voz. Me tiente el abordaje amoroso. "Usted es el único europeo presente", me compromete ella. "Argentino" se aclaró al uníon, como si cantara el Himno. Crecía el deseo, pero me abrumaban las dadas. ¿Qué iban a hacer con semejante hembra, no importaba si tratada como reina o cautiva? ¿Estaba aún genuina militancia política o vulgar hambre de refugiados? ¿Hambre de comida o de sexo, eran canibales, o violadores? "No me abandone", rogó Tanisha. La excitación ardía, se puso robusta. Desperté jadeando. El sueño abortó justo cuando iba a encerrar a la mina. De nuevo en la calle Beauchef 672, yo era el mismo tipo que se había acostado 8 horas antes. "Te tuve que despertar. Si no te zamarro hasta que se corta el sueño, vos... ", tardé en entender, era Aída. "¿No qué?", la paré. "No te preocupa que te sienta gozar con otra. Es humillante. Te conozco, temblás repleto con un hombre de mujer, nunca el mío", dijo ella. Quise ordenar mi mente. "No era que había gritado como si te estuvieran torturando". Me inventaba, pensaba en un enguema del sueño: el índice del pie no tiene la destreza y la experiencia sensual del índice de la mano. Sin apartar los ojos del televisor Aída se puso conyugal: "hace frío, 9 grados, está para suéter y campera".

